

—Déjame—dijo Carlos—respeto á la naturaleza. Quedaron callados. Cruges admiraba ahora el jardín. Era un espeso nido de verdura, arbustos, flores y árboles, que crecían apretados dejando apenas espacio para una alberca cuya agua inmóvil verdeaba entre el esplendor del ramaje. Aquí y allá entre la espesura se distinguía la curva de un sendero estrecho como una cinta, la palidez de una estatua de yeso y las plantas exóticas se mezclaban las vivaces y robustas que se erguían en terreno propio, en el suelo que les convenía.

—¡Qué lástima que esto no pertenezca á un artista!—exclamó el maestro—Sólo un artista sabría admirar estos árboles, estas flores, estos rumores...

Carlos sonrió. Según dijo, los artistas sólo aman en la naturaleza los efectos de línea y color; para interesarse por el bienestar de un tulipán, para cuidar de que un clavel no padezca sed, para sentir que las heladas hayan quemado las primeras yemas de las acacias, es necesario un burgués, el burgués que por las mañanas baja á su jardín con un sombrero viejo y una regadera, y ve en las plantas y en los árboles otra familia muda, cuya responsabilidad también le incumbe...

Cruges, que escuchara distraído, exclamó:

—¡Diablol ¡He de acordarme de los quesos!

Interrumpiéndoles un ruido de ruedas, y un coche descubierto desembocó al trote por el lado de Sitiaes. Carlos se levantó, seguro de que era *ella* y de que vería sus hermosos ojos brillar y huir como dos estrellas. El carruaje pasó. Lo ocupaban un anciano de barbas de patriarca y una vieja inglesa con la falda llena de flores y un velo azul flotando al aire. Detrás, casi envuelto en el polvo que las ruedas habían levantado, apareció andando con aire pensativo y las manos á la espalda, un hombre alto, con

traje negro y un gran Panamá sobre los ojos. Cruges le reconoció por sus largos bigotes románticos y gritó:

—¡Alencar! ¡El gran Alencar!

Durante un instante el poeta quedó asombrado, con los brazos abiertos, en mitad del camino. Luego abrazó á los dos amigos, porque á Cruges le conocía también de niño. ¡Carambal ¡Vaya ¡una sorpresa! ¡No cambiaba aquel encuentro por un título de duque! ¿Quién había de creerles allí?

Sin aguardar que contestaran, les explicó el motivo de su presencia allí. Tuvo dos ataques en la garganta y su poca de fiebre y Mello, el buen Mello, le había enviado allí á cambiar de aires. Porque no hay como Cintra: allí respiran los pulmones y respira el corazón.

—¿Y dónde habitas?

—¿Dónde quieres que esté, hijo? Estoy en mi vieja Lawrence. Muy antigua y destartada está, pero para mí siempre es una amiga, casi una hermana... ¿Y ustedes dónde van con esos ojales tan floridos?

—A Sitiaes... Voy á enseñar Sitiaes al maestro.

Pues entonces también él volvería... No tenía nada que hacer sino sorber aire y soñar. Era casi un deber hacer á Cruges los honores de Sitiaes...

—Es un rincón casi mío; no hay árbol que no me conozca... No quiero empezar á decir versos; pero, en fin, de fijo que recuerdan una cuarteta que dediqué á Sitiaes:

¡Quantos luares eu lá vil!
¡Qué doces manhas d'abril!
¡E os ais que soltei allí
Nao foram sete, más mill

El poeta lanzó al aire un vago suspiro y durante un minuto anduvieron todos en silencio.

—Dime una cosa, Alencar—exclamó Carlos deteniéndose.—¿Dámaso está en Lawrence?

No, que él supiera. Verdad es que el día anterior se acostó casi al llegar. Aquella mañana comió con dos muchachos ingleses. El único animal que viera, fué un perrito de lujo que ladraba en un corredor...

—¿Y ustedes dónde paran?

—En Nuñez.

Entonces el poeta, deteniéndose de nuevo y mirando con simpatía á Carlos:

—Bien hiciste el traer aquí al maestro, hijo... ¡Cuántas veces le he dicho que tomara el coche y viniera á Cintra! Cree que para la música, para componer, y para comprender á Mozart y á Chopín, es necesario haber visto y escuchado este rumor, la melodía de este ramaje...

Bajó la voz á fin de que no le oyera Cruges, que se había adelantado:

—¡Tiene mucho talento, mucha idea melódical... Y su madre fué una santa mujer.

—¡Miren esto!—exclamó Cruges, deteniéndose.— ¡Esto es sublime!

Era un trecho de camino encajonado entre dos muros cubiertos de yedra, sombreado por árboles entrelazados que formaban una bóveda como de encaje. En el suelo temblaban manchas de sol, y entre la frescura y el silencio, un hilo de agua invisible huía y cantaba...

—Si quieres sublimidad, Cruges, hay que subir á la sierra. Allí hay espacio, nubes, arte...

—No sé, tal vez me guste más esto.

Su naturaleza tímida prefería estos rincones admirables y tranquilos á la grandeza soberana de las alturas.

—Además, hijo - continuó Alencar,—en Cintra

todo es divino. No hay rincón que no sea un poema... mira, por ejemplo, qué linda flor azul.

Y la cogió tiernamente.

—Vamos andando—murmuró Carlos impaciente, pensando en lo que dijera el poeta del perrito de lujo, y seguro de que *ella* estaba en Lawrence y la vería en breve.

Al llegar á Sitiaes, Cruges tuvo una desilusión delante de aquel vasto espacio cubierto de césped, con el palacete en el fondo, irguiendo orgullosamente sobre el arco, en pleno cielo, su escudo de armas. Quedárale de niño la idea que Sitiaes era un montón pintoresco de peñascos, dominando las profundidades de un valle... Y lo que veía ahora le desilusionaba...

—La vida es un conjunto de desilusiones—dijo Carlos;—andando!

Y apresuró el paso, mientras el maestro, cada vez más animado, repetía la broma del día:

—¡S. E. debe saberlo, señor Maia, conociendo tanto á las españolas!...

Alencar, al oír aquello, se acercó, quiso saber; y le contaron lo que le había ocurrido á Eusebio con Concha.

Caminaban entonces por una de las alamedas laterales, verde y fresca, llena de religioso silencio. Todo estaba desierto; no se movían ni las hojas de los árboles y sólo, de cuando en cuando, se oía la voz de un cuco entre los castaños.

Aquella mansión con su alta verja, sus florones de piedra comidos por la lluvia, sus ventanas cubiertas de telarañas, parecía dejarse morir voluntariamente en aquella verde soledad... Cruges describía al poeta la facha de Eusebio yendo en busca de Concha con la taza de café en la mano y el trozo

de mantilla en la otra. Alencar escuchaba y de cuando en cuando cogía florecillas silvestres.

Carlos les aguardó sentado en un banco de piedra, y cuando volvieron, Alencar hablaba con enojo de Eusebio. Fué una torpeza que él nunca cometera: traer meretrices á Cintra... Ni á Cintra ni á parte alguna; pero menos á Cintra... Debía respetarse la majestad de aquellos árboles y de aquellas sombras...

—¡Y ese Palma—añadió—es un botarate! Le conozco; tuvo un periodicucho y le dí de bofetadas en la calle de Alecrim. ¡Qué canalla! Créelo, Carlos... Es una vil bolita de materia pútrida!... Un choricito de pus!

Levantóse, pasándose los dedos por el bigote, excitado por aquel recuerdo, aplicando epítetos feroces á Palma, movido por uno de aquellos arrebatos de ira que tanto le perjudicaban.

Cruges, entre tanto, contemplaba el paisaje: entre los grupos de árboles, blanqueaba á veces una casa y por todas partes serpenteaban claros arroyuelos, que relucían al sol; el mar marcaba en último término una línea azul apenas oculta por una bruma blanquecina, y en lo alto fulguraba la gran bóveda, lustrosa como un bello esmalte, teniendo apenas la mancha de una nubecilla que dormía envuelta en luz...

—Sí, me enfadé—clamaba Alencar;—¡me enfadé de veras! Le eché el bastón á los pies y le dije: “Cójalo usted, cobarde; á mí me bastan las manos para usted.”

—¡Con tal que no se me olviden los quesos!—murmuró Cruges para su capote.

Carlos consultaba el reloj. Pero Cruges, antes de abandonar Sitiaes, quiso explorar la terraza del

lado, y apenas hubo subido dos escalones, exclamó alegremente:

—¡Bien decía yo! ¡Aquí están!... ¡Y ustedes asegurando que no!

Es que había dado con un grupo de peñascos dejados allí en otra época para dar á la terraza el aspecto agreste de una selva brava. ¿No decía él que en Sitiaes había peñascos?

—¡Los recordaba perfectamente! *Peñasco de la Sandade*, ¿verdad, Alencar?

Pero el poeta no contestó. Ante aquellas peñas se había cruzado dolorosamente de brazos y las miraba como con angustia.

Después, en el silencio, su voz se elevó, melancólica y doliente:

—¿Recuerdan ustedes que en *Flores y Martirios* tengo una composición en versos libres titulada *6 de Agosto*? Quizá no la recuerdan... Voy á recitársela!

Sacó el pañuelo del bolsillo y agitándolo de un modo maquinal, bajó la voz como para una conferencia sagrada, y recitó con ardor sordo, mascando las sílabas, trémulo, con pasión efímera de sér nervioso:

¡Vieste! Cingi-te ao peito
Em redor que noite escura!
Nao tinha rendas o leito,
Nem tinha lavores na barra
Que era só a rocha dura...
Muito so longe uma guitarra
Gemia vagos harpejos. .
(Vê tu que nao me esqueceu)...
E a rocha dura aqueceu
Ao calor dos nossos beijos!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO REYES"
Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

Por un momento erraron sus miradas por las piedras blancas bañadas por el sol, y señaló un punto con ademán triste...

—Fué allí.

Y quedó pensativo, calado el sombrero, con el pañuelo blanco en la mano. Cruges, á quien conmovían aquellas escenas románticas, quedó mirando las peñas como un sitio histórico. Carlos sonreía. Y cuando ambos dejaron aquel sitio, el poeta, agachado junto al arco se arreglaba el calcetín.

Se enderezó, pasada ya toda emoción y mostrando los dientes en una sonrisa amistosa, dijo á Cruges, señalando al arco:

—Ahora, hijo, repara en este cuadro sublime.

El maestro quedó pasmado. En el vano del arco, como dentro de una pesada moldura de piedra, brillaba, á la rica luz de la tarde, un cuadro maravilloso, de una composición casi fantástica, como la ilustración de una hermosa leyenda de amor caballeresco. En primer término aparecía una explanada desierta y verdeante, salpicada de florecitas amarillas; en el fondo la línea apretada de los árboles cuyos troncos enlazaba la yedra, formando como una muralla de follaje brillantado, y emergiendo abrupta de aquella espesura, subía en pleno esplendor del día, destacando vigorosamente sobre el fondo azul claro del cielo, la cima airosa de la montaña, toda de color violeta obscuro, coronado por el castillo de la Peña, romántico y solitario, con su parque sombrío al pie, la alta torre perdida en el aire y con las cúpulas fulgurando al sol, como si fuesen de oro...

Cruges halló aquel cuadro digno de Gustavo Doré. Alencar tuvo una frase feliz acerca de la imaginación de los árabes. Carlos, impaciente, les incitaba á proseguir su visita.

Cruges, impresionado, sentía deseos de subir á la Peña. Alencar, por su parte decía que no le des-

agradaba. Pero Carlos vacilaba. ¿Estaría ella en la Peña? Se le ocurrió una idea...

—Vamos primero á Lawrence. Después, si queremos ir á la Peña, allí nos alquilarán burros...

Y no quiso escuchar al poeta, que hablaba de una excursión á Collares, para abrazar á un amigo. Apretó el paso para Lawrence, mientras el poeta se subía de nuevo los calcetines, y Cruges, movido de un entusiasmo bucólico, adornábase el sombrero con hojas de yedra.

Enfrente de Lawrence, los borriqueros, que no se habían podido apoderar de los dos ingleses, fumaban al sol.

—¿Saben ustedes—preguntóles Carlos—si una familia que vive en el hotel, fué á Peña?...

Uno de los dos hombres pareció adivinar y dijo, descubriéndose:

—Sí, señor, subieron hace poco, y aquí tenemos un borrico para S. E., amo mío.

Pero el otro, más honrado, negó. No, la familia que fué á Peña habitaba en Nuñez.

—La familia que dice el señor fué hace un rato para el palacio...

—¿Una señora alta?

—Sí, señor.

—¿Con un caballero de barba negra?

—Sí, señor.

—¿Y un perrito?

—Sí, señor.

—¿Conoces á don Dámaso Salcedo?

—No, señor... ¿Es el retratista?

—No... Toma.

Dióles una moneda de cinco tostones y volvió al encuentro de sus amigos, declarando que era demasiado tarde para ir á Peña.

—Lo que ahora debes ver, Cruges, es el palacio. Es original y hermoso... ¿Verdad, Alencar?

—He de deciros, hijo—empezó el autor de *Elvira*, —que, históricamente hablando...

—¡Y yo que he de comprar los quesos!—murmuró Cruges.

—Precisamente; ahí los hallarás—exclamó Carlos.

—¡No perdamos tiempo, adelantel...

Dejó á los otros aun indecisos y se dirigió con rapidez al palacio llegando allí en cuatro zancadas. Apenas estuvo en la plaza vió á la familia que estaba en Lawrence, con una perrita. El hombre tenía realmente unas barbas negras; pero á su lado iba una matrona enorme, con una manteleta de seda, una cadenilla de oro en el cuello; tenía el pelo negro y un perrito de lanas en brazos. Iban ambos como disputando con malos modos y hablaban en español.

Carlos miró melancólicamente aquella pareja como quien contempla una hermosa estatua rota. No esperó á sus amigos. Corrió á Lawrence por un camino distinto, queriendo saber algo cierto. El camarero le dijo que los señores Salceda y Castro Gómes habían marchado el día anterior á Mafra.

—¿Y de allí?...

Según el camarero, para Lisboa.

—Bien,—dijo Carlos—traígame una copa de cognac y agua fresca.

Cintra le pareció de pronto abominablemente desierta y triste. No tuvo ánimo para ir al palacio, ni quiso salir de allí. Y quitándose los guantes y paseando por el comedor, sentía ganas de galopar hacia Lisboa, correr al Hotel Central, invadir su cuarto, verla y saciar sus ojos en ella... Porque lo que le indignaba ahora era no poder encontrar en Lisboa, donde todo el mundo se codea, aquella mujer que parecía esconderse. Durante dos semanas

husmeó por Aterro como un perro perdido, la buscó por teatros é iglesias. Supó que estaba en Cintra, voló allí, y tampoco logró verla. Cruzóle una tarde en Aterro, bella como una diosa, miróle con sus ojos negros y desapareció como si realmente hubiese volado al cielo, invisible y sobrenatural; y él quedaba allí con su mirada dentro del alma, turbado hasta lo más íntimo de su sér, orientando todos sus deseos, pensamientos y curiosidades, toda su vida interior, hacia una bella desconocida, de la que sólo sabía que era alta y rubia y que tenía una perrita escocesa... ¡Así acontece con las estrellas errantes! No es que sean de esencia diferente ni que tengan más luz que las otras, pero por lo mismo que pasan rápidas y se disipan, parecen despedir un fulgor más divino, y el deslumbramiento que dejan en los ojos es más perturbador y más persistente... El no la volvió á ver. Otros la vieron. Taveira la vió. En el Gremio un alférez preguntó por ella, porque topaba con ella cada día. Y él no la veía y no sosegaba..

El camarero trajo el cognac. Carlos habló con él; primero de los dos muchachos ingleses, luego de la española obesa... Y después, dominando su timidez, casi colorado, preguntó por los Castro Gomes. Cada respuesta le parecía una adquisición preciosa. La señora era muy madrugadora. A las siete estaba ya vestida, después de tomar un baño, y salía sola. El señor Castro Gomes, que dormía en una habitación aparte, nunca se levantaba antes de mediodía, y de noche se pasaba horas y horas á la mesa, fumando cigarrillos y tomando cognac. El y el señor Salceda jugaban al dominó. La señora tenía montones de flores en su cuarto; pensaban estar en Cintra hasta el domingo, pero la señora quiso marchar antes...

—¡Ah!—dijo Carlos—¿fué la señora la que apresuró la marcha?

—Sí, señor, estaba intranquila por su niñita, que dejara en Lisboa... ¿S. E. quiere más cognac?

Hizo Carlos un ademán negativo y fué á sentarse á la terraza. La tarde moría serena, radiosa, sin que se estremeciera una hoja, llena de claridad dorada, con una paz que penetraba el alma. La habría pues, encontrado en aquella terraza si no hubiese apresurado su partida temiendo por su bebé rubio, que debió de quedar al cuidado del ama. De modo que aquella diosa era también una buena mamá; y aquello le daba un encanto más profundo, ahora gustaba más de ella, pues le parecía ver un estremecimiento humano en sus formas marmóreas. Ahora ya estaba en Lisboa, y se la imaginaba con un *peignoir* de blondas, alta y blanca levantando en el aire el bebé con sus brazos espléndidos de Juno, hablándole con cariñoso mimo. La hallaba así adorable y todo su corazón volaba hacia ella... ¡Ah! Tener el derecho de estar junto á ella, en su intimidad, bien cerca, sintiendo el perfume de su piel, sonriendo también al bebé! Poco á poco se forjó una novela absurda; una pasión sobrehumana les unía, por sobre todas las leyes humanas y divinas y huían lejos, muy lejos, en un nido encantador, en Italia... Y toda suerte de ideas de amor, de devoción absoluta de sacrificio, le invadían deliciosamente, avaloradas por la religiosa solemnidad de aquella tarde. Los árboles se cubrían de una luz dorada, delicada y durmiente. Todos los rumores tomaban una suavidad de suspiro perdido, todo estaba inmóvil, como en éxtasis. Y las casas, orientadas hacia el puente, las copas de los árboles, bajando en alegre desbandada de la sierra al valle, todo parecía quedar de repente parado en un recogimiento melancólico y

grave, mirando la partida del sol que se hundía, lento, en el mar...

—¿Estás aquí, Carlos?

Era la voz gruesa de Alencar que le llamaba desde abajo. Carlos se asomó á la barandilla.

—¿Qué demonios haces aquí, muchacho?—exclamó Alencar agitando alegremente el sombrero.—Te esperamos en el cubil real.. Fuimos á Nuñez... ¡Ahora te íbamos á hacer pregonar!

Y el poeta rió su gracia. Cruges, con las manos á la espalda, bostezaba desconsoladamente.

—Ven á *refrescar*, como dices; toma una copa de cognac que está exquisito.

¿Cognac? Alencar ansiaba beberlo desde Sitiaes. Y subió aprisa, después de gritar en el hotel que le subieran *media de la fina*.

—¿Viste el Palacio, Cruges?—preguntó Carlos al maestro.—Entonces me parece que lo más oportuno es comer y largarnos..

Parecióle bien á Cruges. Volvía del palacio con aire mustio, fatigado de recorrer aquel caserón histórico, aburrido de la charla del cicerone, y traía algo de esa melancolía que flota, como una atmósfera propia, en las residencias reales.

El aspecto de Cintra al anoecer, como decía él, empezaba á entristecerle.

Decidieron comer en Lawrence para huir de Palma y las dos damas, hacer que el break les aguardara á la puerta y ponerse en camino al salir la luna. Alencar, aprovechando el carruaje, iría también á Lisboa.

—Para que la fiesta sea completa—exclamó—mientras ustedes van á Nuñez á pagar la cuenta y dar órdenes á los cocheros, yo bajo á la cocina para prepararos un *bacalao á la Alencar* inventado por

mí. Podrá haber quien haga mejores versos; pero no mejor bacalao.

Al atravesar la plaza, Cruges pedía á Dios que no encontrasen á Eusebio. Mas apenas pusieron los pies en los primeros escalones de Núñez, ya oyeron la algazara de las dos parejas. Estaban en la antesala, ya todos reconciliados y Concha contenta. Jugaban á las cartas. Palma, con un tarro de ginebra al lado, preparaba una bebida para Eusebio.

Este perdía. El monte que empezara con dos coronas, se animaba; ya relucía oro, y Palma triunfaba, bromeando, dando palmaditas á Lola. Pero se las echaba de caballero, ofrecía desquite, aunque debiera estarse allí hasta la madrugada.

—¿No quieren Sus Excelencias probar fortuna? Para pasar el rato... En Cintra no hay que aburrirse... ¡Sota! Perdió usted de nuevo con el rey. ¡Debe una libra y quince tostones, señor Silveira!

Carlos pasó, sin contestar, seguido del criado, en el preciso momento en que Eusebio, ya furioso, quiso comprobar si en la baraja faltaba algún rey.

Palma extendió las cartas, sin darse por ofendido. Eran amigos, ¡qué diablo! Su española fué la que se escandalizó. ¿Acaso Palma tendría preparada la baraja? Concha, que vigilaba el dinero de su viudo, decía que podía haberse perdido algún rey... No; todos estaban.

Palma se echó una copa de ginebra entre pecho y espalda y barajó majestuosamente.

—¿De modo que Su Excelencia no juega?—repitió de nuevo, dirigiéndose á Cruges.

Cruges, en efecto, se había detenido, mirando el juego y las monedas, sin fuerza contra la tentación. Un as le decidió. Con mano nerviosa le puso una libra debajo, diciendo que jugaba cinco tostones, sin puerta. Perdió. Cuando Carlos volvió de la habita-

ción con el camarero que llevaba las maletas, el maestro estaba en pleno vicio, con la libra empeñada y los ojos encandilados.

—¿Tú juegas?...—preguntó con severidad Carlos.

—Ya bajo—masculló el maestro.

Y jugó el resto de la libra á un tres contra un rey. Palma empezó á tirar las cartas con lentitud desesperante. Eusebio perdió diez tostones jugando contra un caballo. Palma escondió las cartas con ambas manos y pregunto al maestro:

—¿Va toda la libra?

—Va.

Palma echó un cuatro, un siete. De pronto volvió bruscamente las cartas:

—Rey—gritó, cogiendo la moneda de oro.

Era el rey de palo. Lolita palmoteó. Cruges bajó hecho una furia.

En Lawrence se prolongó la comida hasta las ocho, y Alencar no cesó de evocar recuerdos, cosas picantes de mujeres, anécdotas de la Regeneración, memorias íntimas, elevando la voz, manoteando. En el otro extremo de la mesa, los dos ingleses miraban pasmados, con embarazo y desdén á un tiempo, aquella desordenada exuberancia meridional.

La aparición del bacalao fué un triunfo, y la satisfacción del poeta fué tan grande—¡caramba, chicos!—que deseó que estuviese presente Ega.

—Siempre he deseado que probase este bacalao. Ya que no le gustan mis versos, de fijo que le gustarán mis guisos... El otro día, en casa de los Cohen, Raquel quiso abrazarme... ¡La poesía y la cocina son hermanas! ¿No lo creen? Recuerden á Dumás. ¿Que Dumás no era un poeta? ¿Qué es Artagnan, sino un poema? Un día de estos han de venir á comer conmigo y también vendrá Ega, y le arreglaré unas

Maias—Tomo II—3

perdices á la española, que se ha de chupar los dedos... ¡Palabra que me gusta Ega! Cada cual tiene sus gustos. Unos prefieren olor de rosas... ¡vengan perfumes!... Otros se pirran por el olor de las cloacas... ¡Bien! Lo esencial es tener corazón, y Ega lo tiene. Sí, y tiene chispa y arranques y estilo... Y puesto que todos le queremos, ¡vaya á la salud de Ega!

Bebió y luego dijo en voz más baja:

—Y si aquellos ingleses continúan mirándome, les tiro la copa á la cara y aquí habrá un vendaval, y la Gran Bretaña sabrá lo que es un poeta portugués!...

Pero no hubo vendaval y la Gran Bretaña ignoró cómo las gastaba Alencar, y la comida terminó tomando café en paz. Eran las nueve y hacía luna cuando Carlos subió al break.

Alencar, embozado en un capotón de paño burdo, llevaba un ramo de rosas en la mano y una gorra de piel de nutria. El maestro, acometido de súbito *spleen*, se acurrucó en un rincón del coche. Partieron. Cintra dormía iluminada por la luna.

Durante algún tiempo el break rodó en silencio; pasaban grupos de árboles, quintas que blanqueaban á la luz de la luna; corrían las aguas de los arroyos sin ruido, como líquida plata. Alencar encendió la pipa y fumaba mirando la luna.

Pero cuando entraron en la carretera, silenciosa y triste, Cruges tosió, miró también á la luna y murmuró:

—¡Recítanos algo, Alencar!

El poeta condescendió á su ruego, aun cuando objetó que todo verso parecería vulgar y prosaico ante el encanto soberano de aquella noche de luna... Fué á sentarse junto á Cruges, y después de retor-

cerse unos momentos las guías del bigote, empezó, en tono familiar y sencillo:

Era o jardim d'uma vivenda antiga
Sem arreb ques d'arte ou flores de luxo;
Ruas singellas d'alfazema é buxo,
Cravos, roseiras...

—¡Mil rayos!—exclamó de pronto Cruges, dando una voz que hizo callar al poeta, volverse á Carlos y asustó al criado.

Detúvose el break; todos le miraban suspensos, y en el vasto silencio de la landa, bajo la paz de la luna, Cruges, anonadado, exclamó:

—¡Me olvidé de los quesos!